

We Rock

Ocho historias rápidas y pesadas

Álvaro Bisama
Cristhian R. Castillo
Daniel Hidalgo
Natalia Berbelagua
Antonio Díaz Oliva
Francisco Ortega
Rodrigo Ramos Bañados
Patricio Urzúa

Presentación de
Carlos Costas



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Miami • Santiago de Chile

**Por qué no soy una groupie
de Skid Row**

Rodrigo Ramos Bañados

Lo peor que podía pasarle, después de un día de clases y una reunión de apoderados, era tener que subirse a un bus para un viaje que iba a durar casi 20 horas. Pero era una travesía necesaria y más aún, imperiosa. Y el destino era tan luminosamente sugestivo que ni siquiera la perspectiva del extenso trayecto, extenso y soporífero, más bien, podía fastidiarle el júbilo interior. Imposible faltar a esa cita que se transformaría en uno de los instantes más gloriosos de su vida, el momento cúlmine de su película personal.

El permiso lo consiguió durante el día y agarró lo primero que pudo: un Carmelita semicama que iba de Iquique a Santiago. La aventura parecía de otra época: el primer recuerdo que le vino a la mente fue el de esos anestesiados viajes en auto por la Panamericana junto a su familia. En esos tiempos abordar un avión desde Antofagasta a Santiago era un lujo, así es que todos los traslados se hacían por tierra. Y mataba las largas horas escuchando sus bandas de rock favoritas, esos grupos de *travestis degenerados*, como les llamaba su padre. Una vez, en el verano de 1992, él le pidió que le pasara el casete que llevaba en el personal para ponerlo en la radio del auto, y le resultó más útil que un café para atender la

cuesta Buenos Aires, cerca de La Serena, que rebasaba de camanchaca a eso de las nueve de la mañana.

—¿Cómo se llama esa canción?

—*Quicksand Jesus* —respondió ella con los ojos brillantes, como si hubiera contemplado un acto mágico. Por unos minutos su padre se había conectado con su mundo interior, pero fue eso: solo un par de minutos.

Mónica era de detalles y él pocas veces se interesó por conocerlos. Luego vino la separación y la distancia. El cáncer de su padre los reencontró. La quimioterapia hizo que Mónica transformara el rencor en una mezcla entre cariño y lástima. Sin embargo no tenía noticias de cómo avanzaba su tratamiento en Santiago. Hacía casi dos meses que no sabía nada de él.

El casete fue eyectado apenas pasaron la cuesta Buenos Aires. Al bajar el vidrio el aire olía a repollo cocido.

Esta vez iba en el Carmelita, con la misma camiseta negra de hace veinte años, aunque ahora de una talla superior. Y esta vez nadie detendría la música, pues solo ella decidía qué canciones se sucedían en el discman: las bandas habituales, Mötley Crüe, Guns N' Roses, Bon Jovi y desde luego Skid Row, el hard rock ochentero que fue la banda sonora de su adolescencia. Nunca le gustó la etiqueta glam rock pues, para ella, más que los pelos escarmenados y llenos de laca, más allá del maquillaje y de los atuendos impresentables de los que seguramente los músicos se arrepentirían ahora, la propuesta de aquellos grupos trascendía la superficialidad del glamour y más bien representaba la rebeldía, la libertad, el

cuestionamiento al sistema y la lucha contra el mundo: los ideales del rock and roll que abrazaba desde entonces.

Mónica nunca se tragó el grunge (aun cuando sus vestimentas fueran menos vergonzosas) y siempre lo resintió por enterrar al hard rock. Mucho tiempo después, tras ver a Alice in Chains con el sobreviviente Jerry Cantrell en un festival Maquinaria, reconocería que eran artistas respetables, aunque Alice in Chains siempre sonó más a heavy metal. Mucho más desprecio aún sentía por la nueva camada de grupos que llegó a gobernar el imperio del rock: nü metal, aggro, crossover, rap metal y un sinnúmero de otros híbridos como Korn o Limp Bizkit que le generaban repulsión, pues afirmaba que terminaron por matar al rock. No se aburría de calificarlos como malos músicos con poesía lastimera. Ni que le aparecieran en alguna radio, menos en la última semana.

Claramente el trabajo de profesora jefe de un tercero medio de un liceo público la tenía desgastada. Demasiado. Ya era noviembre y tratar con apoderados indolentes y con estudiantes bestiales fue más de lo que podía soportar. Alguna vez, hacía no tanto tiempo, había estado del otro lado de la vereda, odiando a sus profesores y desafiando a toda figura de autoridad. Y ahora que la tortilla se había dado vuelta, no estaba a gusto. En consecuencia, si de algo le servían las largas horas del viaje en bus era para considerar la renuncia y así reencontrarse consigo misma. Quizás pensar en un nuevo trabajo, uno donde no tuviera que salir de su casa, o al menos reducir al máximo el contacto con otra gente. Editar algún libro; traducir.

Entonces para empezar solo debía concentrarse en gozar del primer concierto que Skid Row, su banda favorita, daría en el país. Al regreso, en otro bus, pensaría en su futuro. Eso. Era miércoles y debía regresar el lunes al liceo; quizás no regresaría nunca. La noche del concierto encontraría las respuestas. Las letras de sus canciones se las habían dado otras veces. Es más, fueron el puntapié de aliento para dejar la casa de sus padres a los 22 años, y también para terminar una extendida e insensible relación de pareja. El rock era su inspiración para todo.

Pensó en el concierto y en el cierre de un ciclo de vida. Skid Row era su grupo preferido desde los 14 años y hasta ahora seguían siendo el número uno. Sin embargo, los gringos nunca llegaron a Chile en el peak de su popularidad, antes de que se produjera el quiebre irreconciliable dentro de la banda y se alejaran de su insigne vocalista, Sebastian Bach, y cambiasen de cantante. Ahora tocarían en un local pequeño, para un público reducido, en una situación deslavada que no era ni la sombra de la gloria que tuvieron. Lo que a su parecer no les hacía justicia, pero implicaba la ventaja de que sería un encuentro más íntimo y no sería difícil quedar en primera fila. Aunque lo mejor de todo era que podía lograr lo impensable: conseguir un meet and greet con la banda. Un amigo periodista le pasaría una credencial y, si le acompañaba la suerte, entonces Mónica podría retratarse junto al bajista Rachel Bolan o con los demás. No serían los mismos cuerpos de los videos de 1989, pero lo que menos le importaba a ella eran los cuerpos, la grasa, las arrugas o los rostros hinchados.

Ya era de noche. Lo último que vio por la ventana del bus fue la luna que parecía un hoyo blanco en medio de la negrura. Mónica dormía con los oídos tapados de rock.

El auxiliar del bus, un joven delgado de camisa blanca que parecía uno de sus alumnos de cuarto medio, le tocó el hombro con la intención de preguntarle sus datos, pero Mónica no despertó. Su aturdimiento cubría casi dos butacas del bus y llenaba el apretujado espacio con cierta ternura. Pálida y acurrucada, parecía una niña; había adoptado una posición fetal y su ronquido suave solo parecía alterado por las oscilaciones que cada tanto provocaba la carretera. El auxiliar recogió los audífonos que colgaban del discman y los ubicó en el bolsillo de la butaca. Una curva, de esas que absorben los neumáticos y hacen imaginar barrancos profundos, lanzó al joven suavemente sobre el cuerpo de Mónica.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella en voz baja, todavía aletargada.

—Llegando a Chañaral —le contestó él con un acento dulce, colombiano y con la cabeza volteada hacia el pasillo que de pronto se había iluminado como la señal de un infortunio, de esos habituales cuando se viaja de noche por el desierto. El joven caminó hacia la cabina del chofer. El motor se detuvo y después de varios pestaños la luz del pasillo se apagó. Mónica no entendió cómo había dormido alrededor de tres horas desde que subió. Cuatro corridas de asientos hacia adelante permanecía la mujer que había subido al bus junto con ella y más adelante el grupo de trabajadores que no había alcanzado a contar y que iban desparramados, roncando.

De lejos parecían los viajeros de ese mal recordado tren que cruzaba el desierto en tres días, hace más de 40 años. Mónica se proyectó como una pasajera en extinción. ¿Por qué no había preparado mejor el viaje? Y ahí le aparecía el liceo; luego los alumnos burlándose y poniéndole sobrenombres y luego, en cadena, llegaban los apoderados. A estas alturas Mónica ya tenía asumido que no pretendía cambiar la educación desde adentro, pues no tenía caso, el sistema le parecía podrido desde la raíz. El único profesor que se preocupó de ella le dijo que repitiera como loro a sus alumnos lo que sabía y, luego, se despreocupara. En consecuencia, prefería renunciar. No iba a prestarse para güevadas.

Cada camión provocaba un temblor en el bus y abría la posibilidad de una colisión de frente. Era fácil que un chofer se durmiera. Así al menos quedaba la esperanza de morir escuchando buena música. Era asunto de imaginar vehículos convertidos en enredaderas de fierros y restos de cuerpos tirados al costado de la carretera esperando que el sol del desierto los seque. Esos enjambres de estrellas que aparecían por la ventana, tan bellos como misteriosos, le cortaban el pesimismo a Mónica y le hacían pensar que era tan minúscula como una hormiga. Lo que decidiera no iba interferir en nada en el universo; menos lo que le pasara.

Mónica se convencía de su nimiedad y eso de algún modo la tranquilizaba.

Entonces por la ventana ella vio que el colombiano cerraba el maletero y luego encendía un cigarro. Los gestos

le hicieron entender que hablaba con el chofer, pero a este no lo divisaba por ninguna parte. Lo imaginó debajo de la máquina, arreglando algo. Al segundo cigarro, Mónica pensó por primera vez en la posibilidad de no llegar al concierto y eso era grave.

Pasada la medianoche, ni pensar en un transbordo a otro Carmelita, cuando estos buses cada vez eran más escasos. El concierto sería al otro día, en la noche.

Líneas rojas de un camión sobre la ventana y otro temblor.

El fenómeno iba a repetirse.

Mónica se inyectó los audífonos y echó a correr el discman. Regresó a la posición fetal, miró las estrellas, buscando algún movimiento extraño, por último que apareciera un ovni. Ahora fue el joven quien desapareció en la penumbra.

Debía pensar positivo, no le quedaba otra.

Esperar.

Fantaseaba anticipando la nueva foto de perfil que pondría para las redes sociales: una donde aparecería triunfante al lado de dos tipos de ojos claros, avejentados y con sus cabezas envueltas en pañuelos.

Quienes la conocían y comprendían la trascendencia de esa fotografía le dirían cosas como *Cumpliste tu sueño; Por fin!!; Lo lograste*, además de los “me gusta”.

No faltaría el desubicado que le escribiría *¿Y te tiraste a alguno?, ¿Cómo estuvo la nohecita?* o *¿Te hicieron sándwich los gordos?*

Si algo que molestaba a Mónica era que le dijeran

groupie. Ella era una fan, y en el amor por la música no existe el género. Rechazaba tajantemente la estigmatización sexual de las mujeres en el rock. A nadie se le ocurriría preguntarle a un fan de Black Sabbath si se había tirado a Ozzy tras tomarse una foto con su ídolo.

El problema para conocer a los músicos estaba casi resuelto; lo complicado era que el bus seguía detenido y ningún pasajero reclamaba pues todos estaban dormidos.

Ahora ni el chofer ni el auxiliar se veían por ninguna parte.

Lo único que quedaba era cerrar los ojos.

Mónica se incrustó los audífonos.

Despertó en la madrugada y con un papel hizo un círculo en la ventana entumida. Iba en la cuesta Buenos Aires. Adormecida, ubicó la canción *Slave to the Grind* en el discman. Al regreso del baño observó que todo estaba normal dentro del bus. El colombiano estaba sentado al lado del chofer. En ese lapso que descendía a La Serena, Mónica recordó a su padre. Decidió que lo llamaría al llegar a Santiago.